

Guayaquil, Setiembre 6 de 1935.

Señora Maxi, ina Olmos de Giménez.

Buenos Aires.

Señora de todo mi aprecio:

En mis manos su interesante carta del 12 de Agosto, y también el "Proyecto de Bases del Congreso".

Las comodidades en que Ud. ha vivido y la bondad de sus deudos, le han impedido conocer a los hombres hasta ahora. No hay religión que los corrija, ni aún la divina de Cristo: lo único que algo alcanza es el trabajo, dedicado a la satisfacción de las necesidades de nuestra naturaleza: todo lo demás es objeto de especulaciones. La persona que puede llamarse feliz, no es sino aquella que nace buena, y que, por casualidad, no tiene contacto sino con personas buenas. ¡Cuán reducido es el número de personas realmente felices! Por el deseo de hallar personas buenas, todos los buenos se consagran a formarlas, esto es, a ayudar al prójimo, como ha sucedido con Ud.; y muy rara vez realizan su proyecto. Los malos se atropellan, pues su número es inmenso; y casi siempre quedan vencidos los buenos. El mundo no llegará a alcanzar la felicidad verdadera; y por eso es que se afana en conseguir la fingida, la de la riqueza, la que satisfaga todas las pasiones desordenadas, los vicios.

Una persona reflexiva y de inteligencia clara, como Ud. no ha de hallar en estas frases mias, el deseo de oponerme a los nobilísimos proyectos de Ud; pero sí el de dulcificar sus amarguras, con la idea verdadera de que la humanidad está formada más para la maldad que para la bondad. Su labor será menos estéril, simplemente porque se entiende con mujeres, la parte del género humano más dócil y mejor inclinada.

Las bases del Congreso son de lo mejor. Si la humanidad se hubiera ocupado siempre de ellas, (puesto en el tercer punto la palabra mundo en lugar de América), ¿quién duda de que estaríamos en las puertas del cielo? Trabajar en esto es mejor que trabajar en aeroplanos, en buques, en automóviles: mejor dicho, ambos trabajos son incomparables; pero el material auxilia al moral, de manera que en el desarrollo de los, dos, está fundado el verdadero progreso. Tiene que desconfiar del auxilio de los varones, eso sí.

¡Feliz Buenos Aires, que ha dado vida a una Señora tan insigne!

Contribuya o no mi humilde voz a objeto tan grandioso como el anunciado y puesto por obra por Ud., algo he de enviarle, desde estas infecundas regiones.

Con mim mayor respeto,